

FILOSOFÍA DE LA ABDUCCIÓN: PEIRCE Y POE

En la historia de la filosofía Charles Sanders Peirce (Cambridge, Massachusetts, 1839-1914) parece ser el más original, profundo y versátil de los fundadores del pragmatismo. También el más difícil. Su pensamiento es laberíntico y uno se pierde entre ambigüedades y contradicciones. Su prosa es intrincada y uno se queda a oscuras entre tecnicismos y neologismos. Con todo, es genial, y algunas de sus ocurrencias lo exaltan a uno como si fueran invitaciones al vuelo. Nunca concibió un libro pero sus artículos y apuntes, reunidos póstumamente en ocho volúmenes (*Collected Papers*, 1931-1958), han influido, y siguen influyendo, en especialistas de epistemología, logística, semiótica, positivismo lógico, gramática generativa y metodología de las ciencias experimentales.

Lo que más me interesa de su filosofía, no porque me convenza, sino porque me hace pensar en los cuentos detectivescos de Edgar Allan Poe, es el término “abducción”, acuñado por Peirce para designar un proceso discursivo diferente de los de la “deducción” y la “inducción”.

Nadie puede haberse olvidado de las definiciones que nos enseñaron en el colegio secundario: el razonamiento deductivo va de lo universal a lo particular y, al revés, el razonamiento inductivo va de lo particular a lo universal. Si Peirce hubiera sido nuestro profesor en el colegio secundario no nos habría enseñado eso. No es verdad, decía, que la deducción baja de lo general a lo particular y que la inducción sube de lo particular a lo general porque la premisa mayor de la deducción se basa en observaciones de hechos particulares y la premisa mayor de la inducción no puede menos de partir de previas nociones generales. Según él, ninguno de los dos razonamientos aporta nuevas ideas a la ciencia. ¿Por qué no? Porque en la deducción, aunque nos parezca

que una vez que aceptamos un principio general hay que descender necesariamente, mediante un nexo lógico, a una conclusión singular, lo cierto es que la conclusión no hace más que analizar lo que ya estaba en la premisa, sin ampliarlo. Y en la inducción nos parece ascender de los objetos singulares que observamos a un principio general, pero este principio vale solamente para la misma clase de objetos; es decir, que con la inducción estamos clasificando, no inventando. Más innovador sería un razonamiento premonitorio que, apoyándose en una observación, se inclinara hacia una generalización y en el camino de la observación a la generalización seleccionara y adoptara una hipótesis que habría que verificar o refutar con nuevas observaciones. A este vertiginoso proceso Peirce lo bautiza con el nombre de “abducción”. Los descubrimientos científicos no se deben ni a la deducción ni a la inducción sino a la abducción.

¿Qué es la abducción, al final de cuentas? “Es un modo de aventurar hipótesis en la fase inicial del razonamiento”. Peirce propone el siguiente modelo de razonamientos:

DEDUCCIÓN

Premisa mayor: Todos los porotos de esta bolsa son blancos

Premisa menor: Estos porotos son de esta bolsa

Conclusión: Estos porotos son blancos

INDUCCIÓN

Premisa menor: Estos porotos son de esta bolsa

Conclusión: Estos porotos son blancos

Premisa mayor: Todos los porotos de esta bolsa son blancos

ABDUCCIÓN

Premisa mayor: Todos los porotos de esta bolsa son blancos

Conclusión: Estos porotos son blancos

Premisa menor: Estos porotos son de esta bolsa

Antes de describir el complejo proceso mental de la abducción conviene despejar una posible duda. Este ejemplo de inducción desconcierta porque concluir con que “todos los porotos de esta bolsa son blancos” no es lógico. Lo prudente sería decir “Todos o solamente algunos porotos de esta bolsa son blancos”. Es que, para Peirce, la conclusión, en el razonamiento inductivo puede ser falsa aunque las premisas sean verdaderas. En otras palabras, lo que la conclusión se arriesga a afirmar es algo que excede lo dicho en las premisas. Para verificar que “todos los porotos

de esta bolsa son blancos” se necesitarían métodos extralógicos. Con ese desconcertante ejemplo de inducción Peirce prepara la defensa de su teoría de la abducción como razonamiento extralógico. La abducción es una hipótesis, una corazonada, una conjetura, un palpito, una intuición, no mística sino instintiva, según se verá más adelante. O sea, que la abducción es la forma más innovadora del conocimiento. Para Peirce la deducción se contiene a sí misma, pues la conclusión se encuentra contenida en las premisas. En cambio la inducción y la abducción no se contienen a sí mismas por la sencilla razón de que necesitan ser verificadas mediante la observación de hechos.

La inducción también propone hipótesis, y por eso se la suele confundir con la abducción, pero en los actos de la mente la inducción se pone a trabajar después que la abducción rumbeó hacia una verdad probable. La inducción se beneficia, pues, de las previas conjeturas de la abducción. Ambas maneras de pensar se asemejan y cuesta distinguir las. Un distinguo sería éste: las inferencias de la inducción son firmes, se basan en hechos percibidos y como terminan por aplicarse a la misma clase de hechos no corren grandes riesgos de equivocarse; en cambio las inferencias de la abducción empiezan a formarse en un estado emocional, imaginativo, creador, y sus hipótesis sí corren grandes riesgos de equivocarse. Lo cual no menoscaba su valor pues la abducción puede, de un salto feliz, adelantarse en el progreso de las ciencias.

Con el razonamiento abductivo respondemos a una realidad que nos choca. Queremos entenderla. La entenderemos, naturalmente, con las formas innatas del entendimiento. Pongamos el caso de una persona que se sorprende ante fenómenos inesperados (hechos, objetos o circunstancias). Presiente que está a punto de averiguar por qué le causaron sorpresa. Advierte, entre los componentes de esos fenómenos, una curiosa relación. Es más: reconoce que esa relación es característica de ciertos conceptos que tenía ya formados en su mente. Entonces, con la mente así educada por experiencias del pasado, se le ocurre una hipótesis que aclara lo que hubo de sorprendente en los fenómenos que le llamaron la atención. . . . A veces la hipótesis es una falsa corazonada; a veces la comprobamos con los métodos de las ciencias empíricas, en cuyo caso nos ayuda en el deseo de resolver un problema. Complicado, ¿no? A ver si lo simplifico volviendo a los porotos. Observo un hecho que me llama la atención (“estos porotos son blancos”) e inmediatamente comienza el proceso abductivo que tiende a comprender la singularidad de ese hecho.

Se me presenta en la mente, como en un relámpago, un principio general, una ley natural, una experiencia cualquiera a la que podemos llamar premisa mayor (“todos los porotos de esta bolsa son blancos”) y de aquí paso a lo que podemos llamar premisa menor pero es el resultado del proceso abductivo (“estos porotos son de esta bolsa”). El proceso de la abducción se desenvuelve entre la conclusión (que es la observación del hecho) y la premisa mayor, y concluye con una hipótesis a la que hay que constatar.

En suma, que la abducción es el primer paso en cualquier pesquisa. El segundo es la deducción, que saca las consecuencias necesarias de la hipótesis adoptada. El tercer paso es la inducción, que compara las predicciones de la hipótesis con los resultados de cuidadosos experimentos. La abducción nos proporciona informaciones nuevas. No así la deducción y la inducción, que sirven para corroborar la abducción.

Ahora bien, muchas de las hipótesis que nuestra mente construye son erróneas pero en mayor número son verdaderas. Esto plantea un serio problema antropológico. Si el *Homo Sapiens* eligiera las hipótesis al azar no habría razón para que acertase más veces de las que desacierta. Tiene que haber, pues, en el nacimiento de las hipótesis, algo más que un juego de dados. Tiene que haber siquiera un palpito. “La abducción es, después de todo, una corazonada y nada más”, admite Peirce, nada menos que el padre de la criatura, y luego se apresura a advertirnos que aunque nos ilumina repentinamente, como un relámpago, no es una “intuición”, si por intuición entendemos un conocimiento infalible, determinado místicamente desde fuera de la conciencia. Por el contrario, la abducción es una sospecha muy falible que surge de la conciencia y está determinada por la naturaleza. Como que es un instinto natural. “La mente humana”, afirma Peirce, “habiéndose desarrollado bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, piensa de acuerdo con estructuras naturales”. “Es evidente que si el hombre no hubiese tenido una luz natural, una luz interior que le sugiriera suposiciones que con frecuencia resultaron correctas, nuestra especie ya se habría extinguido por ser inepta para las luchas por la existencia”. “Todo el conocimiento humano, incluyendo los vuelos más altos de la ciencia, es el desenvolvimiento de nuestros instintos animales”. La mente del razonador, formada por selección natural a lo largo de la evolución biológica, es afín a los modos de operar de la naturaleza y por tanto está predispuesta a barruntar verdades y tales.

Una de las muchas paradojas en la filosofía de Peirce es la de fundar su lógica en datos biológicos, antropológicos y psicológicos. ¿Cómo atribuir a la abducción una forma lógica si su origen es instintivo? Ah, es que Peirce alega que las conjeturas presuponen juicios e inferencias, o sea, un control racional.

De los muchos ejemplos de abducción que Peirce nos dio elegiré uno que fue vivido dramáticamente. Es una anécdota detectivesca. Él mismo la contó, larga y minuciosamente. En un viaje por barco le robaron el reloj. Se las arregló para conversar con los camareros. Cuando ya desesperaba por no vislumbrar un solo signo que denunciara al culpable, “una voz interior”, sin darle razones, le sopló: “ese negro que está ahí es el ladrón”, y tras accidentadas pesquisas resultó que su presentimiento había sido verdadero. Peirce, que se complacía en demostrar sus condiciones de pesquisante, contó esta anécdota como ilustración de su teoría sobre la tendencia humana a sospechar y sobre el hecho de que acertamos con frecuencia aun en sospechas infundadas.

Dije al comienzo que el concepto de “abducción” me hace pensar en algunos cuentos de Poe: en “El gato negro”, “Un descenso al Maelstrom”, “El escarabajo de oro”, “La carta robada”, “Tú eres el hombre” y sobre todo en “Los crímenes de la calle Morgue”, que en 1841 fundó el género detectivesco, tal como se lo sigue cultivando hoy. En este cuento el protagonista Auguste Dupin describe su método y después lo usa para resolver un problema policial.

En la primera escena el narrador cuenta su amistad con Dupin. Una noche pasean por las calles de París sin pronunciar ni una sola palabra. De repente Dupin rompe el silencio para decir: “De veras, es demasiado pequeño”. El meditabundo narrador contesta: “Sin duda” y se detiene asombrado. ¿Cómo ha podido adivinar Dupin que, en ese preciso instante, él estaba pensando en que cierto actor era demasiado pequeño para representar papeles trágicos?

La detallada explicación que Dupin da al narrador es ya famosa entre los críticos literarios. Un vendedor de frutas había atropellado al narrador. A partir de ese instante, y durante una marcha de quince minutos, Dupin, basándose en conversaciones anteriores y en la observación de los gestos del narrador —la dirección de sus miradas, el movimiento de los labios, la ironía de una sonrisa, los cambios en la postura del cuerpo— se instaló mentalmente en su monólogo interior. Cuando el narrador, en el curso de su asociación de ideas, recordó al actor bajito, Dupin

pudo interrumpirlo con una frase que coincidió exactamente con ese recuerdo.

No mucho después Dupin da otra prueba de sus extraordinarias dotes para proponer hipótesis que acaban por ser confirmadas por los hechos. Una mujer y su hija aparecen asesinadas de un modo atroz en un local cerrado. La policía está despistada: ¿cómo logró escapar el brutal asesino? Dupin achaca ese fracaso de la policía a que no es metódica, no ve el bosque por mirar los árboles y sus pesquisas no se ciñen a la realidad. En cambio, con sus observaciones y presunciones descubre que el criminal no pudo haber sido humano. En efecto, fue un orangután.

Peirce había sido un lector atento de Poe. Lo cita varias veces, analizó en uno de sus escritos los versos de “El cuervo” y al referirse a “Los crímenes de la calle Morgue” parece haber aludido a la semejanza entre la “ratiocination” de Poe y su propia “abduction” (*Collected Papers*, volumen VI, libro II, capítulo 3 subtítulo “Musement”). El tema de este capítulo es una indagación sobre la existencia de Dios pero lo cierto es que allí no se cita a un teólogo sino a un detective: al caballero Auguste Dupin, de Poe. Con los intraducibles términos “musement” y “Play of Musement” Peirce describe su fluir psíquico cuando está por formular una hipótesis. Su descripción coincide con la que Poe hace de las cavilaciones de Dupin. Aun los detalles son iguales: una agradable disposición del ánimo ocioso durante un paseo nocturno de pocos minutos, abandonándose a la imaginación en una especie de juego sin reglas, sin propósitos prácticos, con absoluta libertad, hasta que de súbito se le presenta la hipótesis adecuada para despejar un enigma. Si en el cuento de Poe el narrador caracteriza la doble personalidad de Dupin como “creadora y analítica”, Peirce, al caracterizar la meditación como una serie de abducciones, recomienda que uno converse consigo mismo, “un yo con el otro yo”. Poe había hecho decir a Dupin: “Me parece que este misterio es considerado insoluble por la misma razón que debería considerarse de fácil solución... Es por los desvíos del plano de lo ordinario que la razón halla su camino, si esto es posible, en busca de la verdad”. Peirce recuerda esta frase y, a juzgar por el contexto, la interpreta así: la meditación espontánea, inspiradora, libre, gratuita y lúdica de Dupin favoreció el proceso de la abducción y de la hipótesis correcta. Gracias a esa imaginación creadora, un crimen que por ser truculento pareció insoluble a la policía fue fácil solución para Dupin.

No es que Poe haya influido en Peirce sino que Peirce proyecta sobre el método detectivesco de Poe su personal teoría de la abducción. Habrá lectores de hoy que se sientan tentados a opinar que el cuento de detectives, desde Poe y Conan Doyle hasta Dorothy Sayers y Raymond Chandler, es la forma literaria que mejor corresponde a la teoría de la abducción. Por mi parte, lo que veo de común entre Poe y Peirce (además de la mayúscula P) es que ambos se mueven en un círculo vicioso: el personaje Dupin acierta porque el autor Poe quiso que acertase, y la teoría de Peirce sobre el carácter instintivo de las hipótesis es, ella misma, una hipótesis.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT
Harvard University

